

Caprichos

Vegocio sobre las calvicies—

Parce mentira que radique en tan pequeño predio un negocio tan grande. El negocio del espejismo para el pelo es muy serio y preferible es que las botellas sean blancas, de ese tipo lechoso que tanta fe produce en el que lo adquiere, pues gracias a él tienen el aspecto de la loción lechosa e ideal.

¿Qué coquetería se produce en los calvos que desean tener pelo a toda costa? ¿Por qué no resignarse con ese marfil bruñido que da un gran tipo de membrillo a la cabeza?

El caso es que millones y millones de calvos y de calvos que se inician o tienen la aprensión de la calvicie, compran los frascos de substancia capilosa y dan biberón a sus cueros cabelludos.

«Gota de leche», interminable es la que funda el capito-genio. Todos los calvos necesitarán un litro cada pocos días y más si remojan sus barbas con el temor de quedarse sin ellas.

En el sosiego de ese laboratorio mío en que sólo hay redomas vacías y matraces limpios, más alguna máquina de física que nunca funcionó, he pensado en el caso de gran negocio que si la calvicie, hallando la solución en una suma de cantidades, distancias y trechos.

Según mis cálculos se trata de más de veinticinco mil hectáreas de cultivo o sea el mejor terreno de siembra, pues el único terreno pensable de que debe ser sembrado es ese en que consisten esos grandes latifundios exabelludos.

Los preparadores de sembrado en esas extensas hectáreas comen la proporción de llauras y llauras periantes y coqueteadoras y de ahí que su negocio no tenga ninguna timidez.

Lo que no está bien es que esos terrenos no sean catastrados y no pague una buena contribución al Estado, para lo que debía ser dictada una ley sobre el nuevo concepto de la propiedad rústica y urbana.

Las semanas santas—

En todos los pueblos de España y en los oscuros valles de la Europa triste se verifican las semanas santas más complicadas, imitando la Pasión por todos los medios y preparando las grandes naves y carrozas que lucen como un ascua.

Las cenas de esas procesiones son cenas opíparas en que lucen los candelabros de los palacios y los vasos, son vasos de oro repujado. Todos los apóstoles y Jesús en su presidencia, en una pausa del banquete pasan marcados por la oscilación desigual del barco en que cenan.

Pero en el pueblo de Gerdez, el sombrío pueblo enlavado sobre altas montañas de sombras moradas, la Pasión reviste caracteres excepcionales y se mata a un hombre cada Semana Santa, representando la figura central de la Pasión el desahucado, el v. l. antario o el sentenciado del año.

Esa Pasión con crucifijo de vena, con sangre copiosa, con pulchreón

de un alma y de una muerte, tiene desgarraduras únicas que los turistas contemplan con sus prismáticos desfundados de sus estuches de cuero que huelen a bestia muerta.

Para tener una hija con los ojos verdes—

La gran ambición de algunas madres es tener una hija con los ojos verdes esmeralda.

Una hija con los ojos verdes esmeralda tiene un porvenir seguro y decisivo. En el cinematógrafo es lo que más se paga y en la vida sus miradas son como flechas envenenadas de salvaje flechero.

Por eso las madres buscan el procedimiento de asegurar una hija con los ojos verdes.

Varios lectores han estado estudiando el caso, y ha habido uno que ha encontrado el procedimiento de someter al régimen verde a la embarazada, encerrándola en habitaciones encristaladas de verde y dándole una sortija de esmeraldas machacada entre spinacas. Para completar la preparación y llegar a la aseguranza de los ojos verdes, también es conveniente que la próxima madre tome un verde ajeno todas las tardes y una copita de pipperin después de cada refección.

¿Qué ojos verdes con un fondo acuadro tendrá la niña!

El gabán de muestra—

La tienda aquella era una tienda oscura, digna de estar en una calle de soportales ensombrecidos.

Las telas almacenadas en pilas eran como columnas del depósito y la vara de medir relucía en sus regatones como único brillante optimismo de la tienda recóndita.

A la puerta, para verificar más el eclipse del interior, había unos gabanes puestos en maniqués sin cabeza.

Todos los días tenía que pasar por delante de aquellos maniqués puestos a la vista como para escarmiento de todos los elegantes que se ven alguna vanidad.

Entre los gabanes que lucían los descabezados había uno color tórtola que nadie compraba y que año tras año fui viendo incólume sin perder nada de un suave tortolismo, sin parecer viejo, sin que ni siquiera se aflojara y languidiciera sus botones.

Al cuarto año de verlo todos los días sentí el flechazo y yo que lo había mirado despectivo y como si su hechura sólo pudiese convencer a un falso señorito, me di cuenta de que era un gabán precioso, digno de ser adquirido cuanto antes, el verdadero gabán resistente, de colores indelebles, de pliegues irrompibles.

Ya hace hoy, día de San Clodoveo, cinco años que lo adquirí y está como el primer día, arrullador y precioso como una tórtola inmortal.

París tiene mar—

Lo que más me extraña en las geografías es que París no tiene mar en los mapas.

París tiene mar y un mar especial,



—Me quiere, mucho... poquito...

dividido en plazas y distribuido en calles. Todos alguna vez no los hemos encontrado con gran sorpresa, pero al llegar a ese punto del París misterioso no hemos seguido avanzando por si acaso.

En esas soledades en que somos un poco locos y nos extasiamos en parajes que no son ni de la vida ni de la muerte, nos hemos echado hacia atrás como si la ola del mar misterioso hu-

biese roto de pronto en tal o cual rincón.

A todos los que pasan por París, sin llevar la falsa cercioración de un amigo ciceroesco lo ha salido al encuentro en una plaza o en otra ese mar innominado.

Gomez de la Serna

RECUERDOS DE COLEGIO

Cómo un profesor de historia influyó en nuestra conciencia literaria

Fué en el ocaso de nuestra infancia, nutrida de copiosas y desmesuradas lecturas folletinescas — donde se entreveraban en risueña camaradería las nubes bien olvidadas obras de Richebourg, Montepia, Salgari, Descourcelles y uno que otro cuaderno de aventuras por entregas que nos exaltaba en fervorosas heroicidades de filibustero — cuando en las puertas de nuestro espíritu resonó como un al dabanazo el califónico pseudónimo de don Juan Pablo Echagüe.

Entrábamos al segundo año del viaje Nacional Rivadavia. Sus amplios patios, propicios a las cuidadosas expansiones de nuestros años inquietos, se veían durante los recreos totalmente ocupados; y ya en corras numerosos o en grupos reducidos, los alumnos hacían estallar los cohetes de su alegría sana y comunicativa que nos aliviaba el corazón del martirologio de las matemáticas contragables.

Era el tercer día de clase. Paseábamos con unos compañeros de curso, por el patio que da a la sala del jefe de celadores, cuando nos atrajeron las sonoras carcajadas que de ella partían. Atisbamos por un ventanal, que abría

su boca desdentada en la amarillenta pared y pudimos ver de espaldas «al de las carcajadas» (1) quien aún seguía riendo, mientras palmaba amistosamente a un hombre alto, elegante, ueicalado, con cuerpo de luchador y cuyo rostro de mandíbulas macizas y bigote mosquetero nos pareció conocido. No hallamos entonces a quien inquirir detalles sobre la persona que despertó nuestra infantil curiosidad y concluido el recreo volvimos al aula ligeramente malhumorados. Tocaba «historias» y el profesor debía venir por primera vez. Alguien preguntó su nombre al celador y éste lo escribió en el pizarrón, Juan Pablo Echagüe, añadiendo con gran estilo: Es el crítico teatral de «La Nación» que firma Jean Paul.

Jean Paul! Fué como si una corriente eléctrica nos atravesara de los pies a la cabeza, produciéndonos una sacudida violenta. En nuestra mente se fijó como en una placa fotográfica la imagen del desconocido de la sala del jefe, a quien asociamos sin titubear al gálico pseudónimo.

Y en efecto, no nos equivocamos. Unos minutos más y ya estaba ante

ALGUNOS TANGOS

